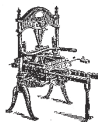


PABLO POZZI

La oposición obrera a la dictadura (1976-1982)

ediciones
**IMAGO
MUNDI**



Colección Bitácora Argentina
DIRIGIDA POR ALEJANDRO FALCO

Pablo Pozzi

La oposición obrera a la dictadura (1976-1982). 3.^a ed. Buenos Aires: 2026.

246 p.; 15.5x23cm. ISBN 978-950-793-502-2

1. Historia Argentina. I. Título.

CDD 320.0982

Fecha de catalogación: 00/00/2026

© 1988-2026, Pablo Pozzi

© 1988, Editorial Contrapunto, 1.^a edición

© 2008, Ediciones Imago Mundi, 2.^a edición

© 2026, Ediciones Imago Mundi

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina, tirada de esta edición: 200 ejemplares



Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito del editor. Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2026 en San Carlos Impresiones, Virrey Liniers 2203, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, República Argentina.

Sumario

Prólogo a la tercera edición	IX
Prólogo de la segunda edición	XV
Introducción	XXXV
1 Resistencia y apertura democrática	1
2 Condiciones materiales de la clase obrera	15
3 La resistencia obrera	33
4 La cupula sindical	65
5 La reorganizacion nacional y el movimiento obrero	91
6 ¿Ha cambiado la clase obrera?	117
7 Cuatro entrevistas	123
8 Renace el activismo sindical a partir de recientes conflictos	177
A Apéndice de Cuadros	195
Referencias	197
Índice de autoras y autores del aparato bibliográfico	203

Prólogo a la tercera edición

Hace ya muchos años había terminado de tomar los exámenes finales de mi cátedra y como había faltado uno de los profesores de la mesa de Historia Argentina Contemporánea me pidieron que fungiera de suplente. Ahí me senté con los otros jurados mientras pasaba un alumno tras otro, diciendo más o menos lo mismo, mientras yo pensaba en cualquier otra cosa y dejaba que trabajaran mis colegas. De repente pasa un alumno; el presidente de la mesa de examen le pregunta «¿de qué va a exponer?». «De los trabajadores durante la dictadura del 1976», responde el muchacho. «¿Con qué bibliografía preparó el tema?», «con Pozzi, *Oposición obrera a la dictadura*». De repente me desperté, mientras el estudiante comenzaba a exponer. Lo escuchaba y no lo podía creer. «Escúcheme, le digo, Pozzi no dice eso». «Sí, sí, Pozzi dice eso». Insisto, «Pozzi no dice eso». «Seguro que lo dice». «Mire, señor, Pozzi soy yo y no dije eso». «Mire, profesor, usted se habrá entendido mal». Mis colegas lo aprobaron, con mi oposición, por caradura. Pero ahí me quedó una lección: tuve que reconocer, años más tarde, que el estudiante tenía razón. *Cada vez que leo lo que otros piensan que dije es evidente que yo me entendí mal.*

¿Qué quiero decir con lo anterior? Primero que uno escribe y cree que tiene en claro lo que está transmitiendo. Pero en realidad lo que uno escribe tiene sentido pleno en su contexto y su tiempo, y el lector lee un libro a través de su propia experiencia, de su cultura, y también de las preguntas y los problemas de su época. En realidad, detrás de cada investigación hay un mundo del cual casi nunca se habla. O sea, este libro también fue producto del posicionamiento político y las discusiones de una época, y no solo de la capacidad intelectual del autor. Así algunas de las cosas que se quisieron decir y, posiblemente, no se dijeron con la claridad y

los matices necesarios, quedan más claros en su momento que en el presente.

Este libro se inscribe en una serie de discusiones que se tenían en el exilio argentino antidictatorial hacia 1980. Esas discusiones tenían dos ejes centrales. El primero era el carácter de la dictadura. Para algunos, basados en Nicos Poulantzas, era un «estado de excepción»; para otros era una forma peculiar de fascismo latinoamericano, basándose en los trabajos del soviético Kiva Maidanik y del salvadoreño Schafik Jorge Handal. Según en cuál postura te posicionabas surgían propuestas políticas, posibles alianzas y hasta una visión de futuro. Pero en ambos casos la izquierda tenía un papel importante puesto que la clase obrera seguía siendo el motor de la historia y, por lo tanto, el centro de la actividad militante. En general la militancia de las organizaciones armadas en el exilio participaba de alguna, o de una variación, de estas posturas. En mi caso, por ejemplo, yo adhería a las tesis del fascismo latinoamericano, pero con conclusiones políticas derivadas de las *Tesis de Lyon* de Gramsci.

Pero también había otra visión en general vinculada al periódico *Controversia*, a una cantidad de connotados intelectuales (que después fundaron el Club de Cultura Socialista), a periodistas como Pepe Eliashev, y a militantes como Julio Santucho. Esta postura planteaba, esencialmente, que la dictadura de 1976 había significado una derrota histórica de la clase obrera argentina. En ese sentido los trabajadores habían sido sacados del centro de la historia, para ser reemplazados por nuevos sujetos sociales como la juventud, los organismos de derechos humanos, e inclusive «las presiones internacionales». El resultado de esta postura era muy concreto: si la revolución era imposible, entonces las organizaciones de izquierda (peronista y marxista) no tenían sentido, y lo que había que buscar era cómo implementar reformas «democráticas» desde adentro de las instituciones republicanas (o sea burguesas, para tipos como yo). Esta postura estuvo subyacente para que muchos de estos individuos abandonaran sus organizaciones para incorporarse, principalmente, al radicalismo alfonsinista, al Partido Justicialista y al Partido Socialista. Actores, cantantes, periodistas, intelectuales y algunos sindicalistas de todo el amplio arco de la izquierda se volcaron hacia la socialdemocracia del estilo

del PSOE de Felipe González. Desde allí produjeron docenas de libros, artículos y declaraciones sustentando su postura. Rápidamente, su perspectiva se convirtió en la «línea oficial», donde los «otros» eran sospechados de querer generar una nueva matanza en Argentina.

En el lado contrario estaban los que pensábamos que la clase obrera seguía siendo el sujeto de la historia. De ahí el eje de centrar la actividad militante, por escasa que fuera, en los trabajadores; ya fuera armando la CGT en la Resistencia, o enviando militantes al país para organizar y participar en lo que más tarde fueron las movilizaciones de 1981 a 1983. En esos años los duros golpes que descargó la dictadura sobre los militantes revolucionarios (sobre todo, pero no únicamente, montoneros) que apuntaban a una reorganización obrera y popular, reforzaron la primera postura. A pesar de eso hubo un esbozo de discusión y un intento de sustentar una política con el eje en la clase obrera.

Uno de los promotores de esa posición fue el periódico *Denuncia*, que me encargó en 1980 que hiciera una investigación y relevamiento de datos sobre la situación de los trabajadores argentinos que fue publicada en agosto de 1981, como «Apuntes sobre la resistencia del movimiento obrero argentino». En su momento este fue un informe muy leído entre la militancia en el exilio, pero poco registrado por los «formadores de opinión», entre otras cosas porque amén de que nadie me conocía yo era, en el mejor de los casos, «un perejil».

Cuando regresé a la Argentina, apenas terminada la dictadura, la discusión seguía abierta en el activismo. En ese momento yo era un obrero gráfico desempleado, si bien había cursado un posgrado en Estados Unidos mientras trabajaba. Por suerte, y gracias a Eduardo Saguier, un colega con el que tengo una deuda que nunca podré pagar, me dieron un cargo en la Universidad de Buenos Aires. Pensé que era algo transitorio, pero tres años más tarde me di cuenta de que me iba a quedar y ahí decidí hacer el doctorado en historia en la universidad donde había comenzado (y nunca terminado) mi posgrado. Incentivado por amigos como Norberto Rey decidí retomar ese informe hecho para *Denuncia*, profundizar la investigación, y hacer en base a eso mi tesis doctoral. En el medio escribí este libro que le mostré a Eduardo Duhalde y Graciela Daleo

que estaban al frente de la editorial Contrapunto. Conocí a Eduardo en el exilio, quien decidió publicarlo en 1988. Yo continué agregando cosas y finalmente defendí mi tesis doctoral en junio de 1989.

Contrapunto era, para mí, la editorial ideal justamente porque escribí este libro dirigido a la militancia política, a que les fuera útil, para que se dieran cuenta que la clase obrera argentina había sido golpeada duramente pero no derrotada por la dictadura, y que sin eso no se podría entender la inmensa actividad obrera de la década de 1980 incluyendo los paros generales contra Alfonsín. Como uno es zurdo, pero no tonto, agarré un par de capítulos del libro y los publiqué en lugares aceptables para la academia como el *Program in Latin American Studies, Occasional Paper Series*, de la Universidad de Massachusetts en Amherst (Estados Unidos) y el *Journal of Latin American Studies* (Londres: mayo, 1988). Digamos, certificando que la investigación estaba bien hecha.

Al libro le fue muy bien sobre todo fuera del circuito académico, y de manera particular entre trabajadores y activistas. Al mismo tiempo, le fue muy mal en el mundillo académico. Desde Horacio Tarcus, que planteó que el libro estaba lleno de aporías, hasta los colegas historiadores de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA que, cuando no lo ignoraron, apuntaron a darle un vuelco a lo que decía. Por ejemplo, una crítica fue que el libro era «estructuralista», queriendo decir en realidad que tenía una visión lineal de que la economía determina la conciencia, aunque el término remita a la perspectiva de Althusser. Otra fue que planteaba que la clase «siempre lucha». Una tercera, en apariencia contradictoria con la primera, era que había desvinculado la economía de lo social. La más difundida, por lo menos entre historiadores, es que era un «libro político, militante» y por ende mal hecho. Como dijo un colega, Pozzi «hace mala praxis profesional».

Cuento lo anterior por una sola razón. Mi intención era contribuir a la discusión sobre la situación argentina, sin darme cuenta de que estaba cerrada y que había una «historia oficial» (sintetizada en la película *La República Perdida*) consensuada en torno a esa visión socialdemócrata y derrotista de 1979-1980. Me di cuenta de que estaba cerrada porque varias organizaciones políticas de la década de 1990 (como, por ejemplo, la Corriente Patria Libre) incluían al libro en sus cursos de formación militante, pero al mismo

tiempo postulaban la «derrota histórica de la clase obrera» en 1976. Dado que yo creía plantear precisamente lo contrario, era evidente que me «había entendido mal». Aunque lo más probable es que la posición derrotista se hubiera impuesto como «sentido común» aun entre la militancia que se planteaba revolucionaria.

Más allá de lo anterior, el libro sobrevivió cuarenta años, desde aquel primer informe. Creo que esta supervivencia no tiene tanto que ver con sus méritos intelectuales, sino con que rescata a los trabajadores como protagonistas de la historia argentina. Obviamente, si lo escribiera hoy no sería el mismo libro tanto porque yo no soy la misma persona, como porque el momento histórico es otro, y también porque muchísima gente ha realizado una minuciosa y cuidadosa investigación sobre el tema. O sea, no solo hay disponible más información, sino que se ha avanzado mucho en las hipótesis y planteos. En particular los trabajos de Victoria Basualdo han hecho escuela y corrigen (o profundizan) muchas de las cosas aquí planteadas.

Lo que continúa es la clase obrera. Con eso no quiero decir que no hubiera cambiado en los últimos cincuenta años. De hecho, hubo cambios y muchos. La altísima tasa de desempleo, la desconcentración de empresas, la pobreza generalizada, la decadencia en la educación pública y gratuita generaron una clase obrera distinta a la de 1970 en cuanto a composición, experiencia y conciencia. A esto el triunfo de derrotismo ha contribuido restando ideas y militancia a los trabajadores. A pesar de eso podemos registrar en miles las luchas obreras en las décadas pasadas. Cada una con un impacto social. De manera que cuando se movilizan los trabajadores y se estremece la sociedad podemos percibir que, a pesar de los muertos, los desaparecidos, los traidores y los vendidos, la clase obrera sigue siendo el eje de la historia argentina.

Pilar, Córdoba, marzo de 2026

Prólogo de la segunda edición

Veinte años después

Todo buen estudio histórico comienza por la conclusión. Y siempre es el resultado de una posición política e ideológica. No importa cuánto lo disfracemos, o cuán inconscientemente lo hagamos, nuestra opinión sobre el desenlace de la historia siempre está al principio. En general, la profesión tiende a tratar de silenciar este aspecto primordial del trabajo del historiador centrándose, en cambio, en una aparente objetividad positivista que hace eje en la precisión y el cúmulo de la investigación. Lo que se deja de lado es la discusión sobre los significados de la experiencia humana y el cómo nosotros la interpretamos. La obligación moral y política que todos tenemos de interpretar la totalidad de un hecho histórico no debe confundirse con la tarea de asignar responsabilidades políticas y morales por crímenes específicos. El comprender un hecho histórico es en sí mismo un hecho moral y político, y la capacidad de comunicar esa interpretación histórica es algo que puede, en principio, brindar instrumentos para tomar mejores decisiones políticas y morales en el futuro. En este sentido, la discusión sobre la clase obrera argentina bajo la dictadura de 1976-1983 no ha sido una mera disputa académica. De hecho, la conformación de una perspectiva particular, que postula la derrota histórica de la clase obrera argentina, se ha convertido en la base material para renunciamientos políticos e ideológicos de todo tipo. Sin embargo, la realidad de la clase obrera siempre reabre el debate. En esta discusión los desacuerdos continuarán sin resolución definitiva a largo plazo. Por un lado, porque los procesos de la investigación y su interpretación son siempre abiertos, planteando conclusiones tentativas hasta que los modifica una mejor investigación. Pero

más aún, porque los desacuerdos, como casi todos los debates históricos importantes, contienen un componente ideológico esencial que hace a la visión del historiador en cuanto al papel histórico de la clase obrera.

Hacer un nuevo prólogo a una obra siempre es un problema, sobre todo porque había transcurrido poco tiempo desde que terminé la primera versión de este trabajo y ya quería cambiarla toda. Como expresé antes: toda obra es esencialmente inacabada. Habría que agregar que también es un testimonio personal y profesional de época. He optado por no corregir errores, ni reescribir el trabajo, ni siquiera agregué la investigación realizada posteriormente, por esta razón precisamente. Por otro lado, mi característica personal es que una vez que escribí una investigación, no la quiero ver nunca más. En el caso de este libro eso ha sido muy difícil, sobre todo porque aún hoy, veinte años más tarde, me siguen invitando o me conocen en el movimiento obrero argentino por haberlo escrito.

Así, esta fue una obra de historia militante y también de historia académica. Por un lado, es historia tradicional, construida en base a trabajo de archivo, de la prensa escrita, de informes gubernamentales y de ONGs, de estadísticas y de la historia oral donde los recuerdos de los protagonistas nos permiten un acceso privilegiado a los trabajadores politizados de la década de 1976-1983. De hecho, este trabajo fue la base de mi tesis doctoral en la Universidad de Nueva York en Stony Brook. Por otro lado, es una historia dirigida y pensada más allá del mundo académico. Sus interlocutores imaginarios eran los activistas obreros que estaban en aquel entonces (1984-1987) intentando construir un movimiento obrero democrático, clasista y combativo y que se enfrentaban a una historia oficial que decía que los trabajadores no eran más protagonistas de la historia y que habían colaborado o consentido la dictadura militar. Más allá de todo lo anterior, quiero comenzar retratando un par de experiencias con este libro para luego tratar de explicar y discutir algunas cosas veinte años después de escrita la obra.

Para mí la historia es algo poderoso, emocionante y liberador. Por eso cuando escribo no lo hago para los colegas, sino más bien para comunicarle cosas que a mí me parecen importantes al tipo común de la calle. Eso a veces me sale bien, y otras no tanto. En el caso de este libro, creo que me salió bastante bien. Un ejemplo de

esto ocurrió hace quince años, cuando estaba investigando la historia del PRT-ERP. Había ubicado a un santiagueño, viejo militante, que había sido condecorado por su organización por su excelencia en el trabajo de masas. Yo quería que este hombre me contara su vida porque intuía que lo que había vivido era importante para mí como historiador y, sobre todo, como persona. Después de perseguirlo bastante, él me dio una cita en un bar. Ahí estábamos los dos, sentaditos, y yo con mi única oportunidad de convencerlo de hablarme. Como buen intelectual yo hablaba hasta por los codos y él se limitaba a escuchar sin reacción. Yo estaba desesperado. «¿Otro café?», le decía, con la esperanza de tener más tiempo de convencerlo y de encontrarle la vuelta. Y nada. Finalmente, al cabo de largo rato, me dice: «¿Vos te llamás?». «Chau, sonamos», pensé yo. «Pozzi», le dije. «Ah, sí, vos escribiste un libro sobre la clase obrera y la dictadura ¿no?». «Sí», confirmé, medio temblando recordando que la edición original de este libro era, efectivamente, de tapa azul. «Era de tapa azul... Sí, era interesante. Podemos hablar». Yo me sentí como el mejor historiador del mundo. Sobre todo porque no me había dicho que era bueno, sino que era interesante. O sea, si bien no estaba de acuerdo con todo lo escrito, había percibido que el libro era para él, un trabajador. En un breve minuto me sentí útil y que la historia era lo que yo creía que debía ser.

Más o menos por la misma época yo participaba como profesor de historia del movimiento obrero en la escuela sindical de la UOM de Quilmes. En esos años pasaron por mi curso un par de centenares de delegados metalúrgicos. Una de las cosas que discutíamos era el capítulo 3 de este libro, sobre la resistencia obrera a la dictadura (y debo confesar que algunos otros, sobre todo el capítulo 2, los encontraban muy áridos). Tanto debatir sobre la clase obrera argentina nos había llevado a charlar bastante de Marx. Al final de una de las clases se me acercó un joven chaqueño, que no debía tener más de 23 o 24 años. «Profe», me dice. «Ese tipo Mars, era interesante ¿no?». «Sep». «Dígame, cómo se deletrea Mars». «Eme, a, ere, equis», le dije. «Marx», escribió. «Y, dígame, ¿de qué provincia es?». A mí me pareció maravilloso. Para ese compañero, Marx era de tal actualidad que no solo tenía que estar vivo sino que debía ser argentino. Una vez más, la historia me pareció algo poderoso y liberador.

En ambos casos lo que me quedaba en claro era que para ser un historiador de la clase y para la clase obrera, había que ser algo distinto a la anquilosada, aburrida y clasista academia. Ser de izquierda y estar con los trabajadores no era tener un discurso «marxistoiide», sino que era una práctica social, un lenguaje, una relación entre lo intelectual y la vida cotidiana de los trabajadores. Esto fue lo que traté de hacer cuando escribí este libro. Tenía que haber otra forma de hacer historia; de hacer *buena* historia. Porque no se trata solo de hacer populismo y hablar en fácil, sino de expresar cuestiones complejas en una forma que pueda leer un obrero, sentirse reflejado, aprender de las experiencias y que le sirva para repensar su propia realidad. Esto implica que hay que saber mucha historia, que hay que manejar teoría, que hay que conocer métodos, para después hacerlos accesibles y traducirlos en un estudio comprensible a cualquiera. *La oposición obrera a la dictadura (1976-1982)* trató de ser eso: un trabajo logrado que sintetizara la experiencia de un trabajador para que otros se puedan ver reflejados en ella y puedan repensar su propia realidad. Un gran historiador estadounidense, David Montgomery, que había sido obrero mecánico durante muchos años explicó que él había sido expulsado de su fábrica por militante. Como la lista negra no le permitía volver a ser obrero se dedicó a hacer la segunda cosa que más le gustaba, ser historiador. Y él no escribía la historia de la clase obrera, él escribía *su* historia. Yo trabajé durante años en distintos establecimientos: automotrices, gráficos, de joyería. No me engaño, si bien los compañeros me querían, yo no era igual a ellos. Como me dijo uno: «Vos te podés ir de aquí cuando quieras». Sin embargo, cuando escribo o enseño historia escribo, también, *mi* historia y la de ellos; y es para mí y para ellos. Por eso este trabajo no tiene la falsa objetividad que pretende la academia: esta es una historia politizada y para los trabajadores.

Cuando investigué y escribí este libro existía una Argentina y una coyuntura política que feneció bajo los duros golpes de la «economía de mercado». Todavía existía el así llamado «modelo económico mercadointernista», aunque muy desgastado; el movimiento obrero organizado era poderoso y la UOM seguía siendo su columna vertebral; los últimos años de la dictadura habían generado una gran cantidad de jóvenes activistas obreros que fluyeron

hacia la izquierda y hacia un sindicalismo antiburocrático; crecieron el MAS y el PC, además de numerosas otras agrupaciones; Lorenzo Miguel perdió nueve seccionales en la UOM y el desafío de listas pluralistas en los sindicatos hacía peligrar el predominio del peronismo. Pero por sobre todas las cosas, muchísimos argentinos se volcaron a la participación política en la convicción que se podía mejorar la sociedad. Sin embargo, y por debajo de esto, también sabíamos que el aparato represivo estaba intacto y que muchos de los políticos peronistas y radicales (como Luder y Alfonsín) estaban profundamente comprometidos con el mismo. Y si alguno tenía dudas al respecto, bastó el primer levantamiento carapintada y las «Felices Pascuas» de Alfonsín para confirmarlo.

Por un lado, yo quería aportar a la reconstrucción de una izquierda obrera y clasista. Por otro no sabía qué se podía y no se podía decir. Así el libro tiene mucha información sobre la conflictividad obrera durante la dictadura, pero esta aparece como absolutamente espontánea. Asimismo, se afirma que «se generaron nuevas camadas de activistas», sin decir cómo. Tampoco hay referencias a partidos políticos en el desarrollo de la conflictividad. Todo eso a pesar de que contaba con mucha información al respecto. Por ejemplo: en SAIAR de Quilmes la oposición obrera se encontraba motorizada por militantes vinculados a la JTP; en Littal, Avellaneda, los dos principales activistas eran de la Federación Juvenil Comunista y del PST; en Alpargatas y en Volkswagen de Monte Chingolo, activaban militantes de Política Obrera; en Shell y en el Frigorífico Pedró militaban obreros comunistas; en UPCN-PAMI había compañeros que provenían de las JP Regionales; en Swift de Rosario había viejos PRT-ERP al igual que en Luz y Fuerza de Córdoba y que en varios ingenios tucumanos; en el ingenio Ledesma de Jujuy activaba gente que había estado ligada a Vanguardia Comunista; en Aluar de Puerto Madryn había viejos «setentistas» que se habían cobijado en el partido Socialista Popular. Y la lista era larga, pero en aquel entonces, yo sentí que hacer referencia a esto podía generar problemas de seguridad para los compañeros. Hoy en día, veinte años más tarde, se puede decir que en aquel entonces me equivoqué. Podría haber buscado formas de señalarlo sin delatar a nadie y, al mismo tiempo, rescatar el papel de los militantes obreros que a riesgo de sus vidas se enfrentaron a

la dictadura. Esto es así, sobre todo, porque el libro deja la impresión que la dictadura arrasó con toda la militancia y en ese sentido abonaba a la ola de despolitización que generaba el alfonsinismo. O peor aún, no rescataba el papel heroico e ignorado de tantos y tantos militantes obreros revolucionarios. En síntesis, como en la práctica nadie sabía si la democracia restringida alfonsinista era algo muy transitorio o si se iba a afianzar, evité tocar una serie de temas que podían generar consecuencias a la seguridad de mis testimoniantes. Así no cité testimonios, ni di datos sobre filiación política. En la obra parecería que la clase obrera argentina tiene características espontaneístas. Esto claramente no es así.

La obra tenía una cantidad de discusiones y de marcos teóricos subyacentes, amén de unas cuantas cosas que no se dijeron y otras que representaron una negociación de la época. En un plano político a mí me interesaba particularmente la discusión en torno al fascismo latinoamericano y las propuestas de accionar que se derivaban del mismo. Para decirlo muy sintéticamente yo recordaba la vieja definición aportada por Georgi Dimitrov: el fascismo es la dictadura salvaje de los sectores más concentrados del capital financiero. En aquel entonces a mí me pareció que esta definición se aplicaba bastante bien a la dictadura argentina de 1976-1983. Para muchos la discusión en torno a fascismo derivaba necesariamente en una resignación de las posiciones socialistas y del protagonismo obrero, para concluir en «frentes populares» donde los revolucionarios fueran, en el mejor de los casos, el furgón de cola de los partidos burgueses. Yo no estaba de acuerdo. Como historiador había leído bastante sobre la historia del fascismo italiano y como militante me había fascinado la claridad política de las *Tesis de Lyon* de Antonio Gramsci. Allí, el revolucionario italiano no solo reivindicaba el protagonismo de la clase obrera, sino que proponía el «frente único» como herramienta política alternativa. Pero más aún, sus propuestas se basaban en una claridad meridiana de pensamiento clasista. Así planteaba que «la función de la oposición burguesa democrática consiste, en cambio, en colaborar con el fascismo para impedir la reorganización de la clase obrera y la realización de su programa de clase».^[1] En este

[1] Antonio Gramsci, *Escritos políticos (1917-1933)*, Siglo XXI, Buenos Aires 1981, pág. 241.

sentido la burguesía antifascista sigue siendo burguesía y por ende antiobrera. Mi postura era que esto se podía aplicar a la situación argentina cincuenta años después del Congreso de Lyon. Así, yo discrepaba tanto de la posición del Partido Comunista como de Intransigencia y Movilización Peronista y de los variados PRT-ERP, en cuanto a que no solo pensaba que la clase obrera seguía siendo el protagonista de la historia, sino que era fundamental plantear y construir alternativas revolucionarias socialistas.

Ahora lo anterior alcanzaba para una toma de posición, pero no para hacer historia. Asimismo, muchos militantes de la época habíamos leído obras como la de Julius Fucik, *Reportaje al pie del patíbulo* o la de Jan Valtin, *La noche quedó atrás* y ni hablar de la de Jorge Amado, *Los subterráneos de la libertad*. Estos escritos me habían interesado por cuanto planteaban la capacidad de resistir a la represión en las peores condiciones. Y no es que supusiera que la clase obrera «siempre lucha», sino más bien que me parecía ilógico que una clase movilizadada, con fuertes niveles de organización y tradiciones izquierdistas, simplemente se llamara a la quietud de la noche a la mañana. En este sentido, los estudios sobre los trabajadores bajo el fascismo y los testimonios (novelados o no) de las formas de resistencia subterránea tenían una importancia particular porque sugerían pistas para la investigación. Así, encontré los trabajos del marxista inglés Tim Mason sobre la clase obrera alemana bajo el nazismo.^[2] Este autor había encontrado, en su extensa investigación sobre la clase obrera alemana bajo el nazismo, que la represión absoluta había resultado en un aniquilamiento del activismo y la militancia obrera. También registró cuidadosamente la destrucción de formas de organización y de toda una serie de redes culturales izquierdistas que los trabajadores habían desarrollado durante décadas. Sin embargo, también encontró que esto no había llevado a los obreros alemanes a una apatía y quietud. Por el contrario, Mason descubrió niveles de conflictividad y lucha que aprovechaban las características particulares del régimen. Más aún, lo que encontró Mason, a partir de revisar una extensa

[2] Tim Mason, *Social Policy in the Third Reich. The Working Class and the «National Community»*, Berg, Nueva York 1993. Esta obra recopila los estudios de Mason sobre el tema, que fueron publicados, en alemán, entre 1971 y 1977. Su proyecto de investigación no pudo ser completado antes de su muerte en 1990.

documentación disponible sobre la política social nazi, era que la actividad de los trabajadores tenía efectos que se podían percibir en la superestructura política como límites o frenos concretos a los objetivos del nazismo. Esta actividad, él la llamó «oposición» para diferenciarla de «resistencia», dado que entendía que esta última contenía objetivos más o menos perceptibles. Así, él señaló que «los obreros alemanes se rehusaron a colaborar con el régimen no meramente a través de la indiferencia o de la apatía sino con formas identificables de acción colectiva».^[3] La causa de este accionar residía «en las tradiciones residuales de solidaridad práctica en la memoria de los derechos adquiridos y de las prácticas políticas colectivas que se remontaban a las décadas anteriores a 1933».^[4] Por ende, en el caso de los obreros alemanes, su oposición conformaba un comportamiento que se podía identificar como clasista, en tanto se basaba en una experiencia social colectiva. Su pregunta era: «¿Cómo pudo la dictadura nazi establecerse en una sociedad cuyas instituciones democráticas y fuertes tradiciones de movilización obrera deberían haber ofrecido suficientes garantías contra semejante invasión?». Así, notó que «la documentación revela que el fracaso del régimen en aplicar sus prioridades políticas sobre la población trabajadora era el resultado de la preocupación que este tenía con la posibilidad de una oposición generalizada»,^[5] y no de la incompetencia de sus técnicos y políticos. Por lo tanto, Mason planteó que «tanto como blanco de la represión y como objeto del miedo de aquellos en el poder, la clase obrera jugó un papel crucial en la historia del Tercer Reich. Ni el miedo ni la represión fueron un componente incidental o misterioso de las políticas del régimen: fueron una parte integral de la estructura económica del sistema, un producto natural y necesario de la historia del movimiento obrero y del capitalismo alemán».^[6] Mason aclaró que el «programa social de la dictadura nazi era eliminar la lucha de clases en la sociedad alemana» y que este programa «fracasó por

[3] *Ibidem*, pág. 12.

[4] *Ibidem*, pág. 13.

[5] *Ibidem*, pág. 11.

[6] *Ibidem*, pág. 25.

la lógica socioeconómica de la lucha de clases».^[7] En esto Mason descubrió que la percepción de que la población alemana había apoyado al nazismo era una generalización que ocultaba más de lo que aclaraba. Por ende, estudió la composición social del partido nazi (NSDAP) para encontrar que este se componía de relativamente pocos obreros, que rara vez ostentaban posiciones de liderazgo y que muy pocos sindicalistas, socialistas y comunistas (aunque un número mayor de estos últimos) se habían volcado al nazismo. Por ende, planteaba que el NSDAP tenía una base social que era «fundamentalmente y en su totalidad hostil a los obreros».^[8] Esto generó una respuesta obrera que, si bien fue insuficiente, no por eso implicó ni colaboración ni consentimiento con el régimen. Por último, Mason aclaró que esto no implicaba ningún tipo de teología obrerista y mucho menos un determinismo mecánico. «La inevitabilidad de la lucha de clases fue determinada por la estructura de clase de la sociedad capitalista alemana (...) pero no las formas específicas y las configuraciones en las cuales este conflicto se manifestaba en un determinado momento».^[9]

La dictadura de 1976-1983 se ha convertido en un hito en la historia y en la conciencia de los argentinos. La escueta síntesis del argumento de Mason (un argumento necesariamente muy complejo) me había parecido de singular utilidad para pensar la clase obrera argentina bajo la dictadura. Por un lado, fue el sugerente análisis de Mason lo que me llevó a titular este libro *oposición*, y no *resistencia*. Sobre todo porque me quedaba claro que lo que había ocurrido entre 1976 y 1983 no tenía demasiadas semejanzas con la famosa resistencia peronista. Esta última era una lucha que involucraba muchas cosas, pero principalmente el retorno del general Perón al gobierno, y que muchos trabajadores vinculaban ese retorno con una vida mejor. Así la resistencia tenía objetivos políticos explícitos. En cambio, la oposición era un accionar clasista colectivo para defenderse de lo que era una agresión salvaje sobre las conquistas y la vida del trabajador. Si bien ambos tenían contenidos de clase, me parecían (y me parecen) cualitativamente

[7] *Ibidem*, pág. 40.

[8] *Ibidem*, pág. 49.

[9] *Ibidem*, pág. 55.

distintos. Por otro lado, a mí también me llamaba la atención que los distintos analistas del fenómeno supusieran que la dictadura se había retirado en 1983 por «incompetencia», o que todos supusieran que décadas de experiencia colectiva clasista pudieran desaparecer de la noche a la mañana. Es más, casi todos aceptaban tácitamente que la clase obrera había colaborado con la dictadura. Esto se convirtió en una especie de consenso aceptado por todos, sin necesidad de probarlo. La única voz disonante era este libro, que sí se basaba en investigación. En su momento generó bastante discusión. Lo notable de la misma fue que rara vez se discutían los datos; más bien se me acusaba de «politizado» y poco objetivo, como si las posturas contrarias se guiaran por algo más que la ideología (y en el caso de muchos de mis contrincantes, por la conveniencia política del momento).

Aún hoy queda claro que la discusión sobre la clase obrera argentina y la dictadura está enmarcada, fuertemente, no solo por una lectura de la última década sino también por una conclusión sobre las consecuencias y efectos de la dictadura de 1976-1983 y la apertura democrática. En este sentido existe un reduccionismo que limita el análisis a la dicotomía «derrota versus victoria». En otras palabras, o la apertura democrática fue un triunfo de la clase obrera y el pueblo, al estilo de la de 1973, o bien fue una derrota de la clase y la apertura se debió a factores ajenos a la lucha de clases. Esta visión es notable, puesto que, por lo general, se sustenta en escasa investigación y una reificación de la apertura de 1973 que la eleva a la categoría de tipificación histórica. Así, aquellos cuyos intereses se ven representados por variaciones del posmarxismo plantean la derrota; mientras que los que siguen afirmando la centralidad histórica de la clase obrera se ven reducidos a aseverar su triunfo.

Existe, por supuesto, otra postura y la planteamos con Alejandro Schneider hace más de una década.^[10] Si partimos de un análisis que acepta que la apertura de 1973 fue atípica, en el sentido que se basó en un auge de masas y una ofensiva de la clase obrera y el pueblo muy clara, veremos que otras aperturas en la Argentina estuvieron más cercanas a la de 1983. La de 1945 fue producto de un

[10] Pablo Pozzi y Alejandro Schneider, *Combatiendo al capital. Crisis y recomposición de la clase obrera argentina, 1983-1993*, El Bloque Editorial, Buenos Aires 1993.

golpe de Estado; la de 1958 fue controlada y limitada hasta el punto de que la expresión política mayoritaria fue proscrita. Sin embargo, en ambos casos es innegable que la lucha de clases jugó un papel fundamental. Las transformaciones sociales y los conflictos de la década de 1930, el auge de la izquierda, y la movilización popular del 17 de octubre de 1945 fueron uno de los aspectos que marcaron los orígenes del peronismo. A su vez, la resistencia peronista marcó fuertemente la elección de 1958. ¿Fueron estas aperturas un triunfo popular? Entendido como parte del proceso de lucha de clases, y aceptando que la misma establece tendencias y rara vez triunfos o derrotas nítidas, es indudable que fueron un triunfo. Y eso a pesar de que las distintas alianzas reaccionarias lograron imponer límites concretos.

¿Qué pasó en 1983? Aquí la discusión tiene dos niveles que están fuertemente vinculados entre sí. *Primero*, ¿hubo oposición de la clase obrera a la dictadura? Si entendemos oposición como batallas campales, es indudable que no. Pero, si la entendemos como un sinfín de pequeñas acciones cotidianas, que incluyen desde el sabotaje y la huelga, hasta la reconstrucción de niveles de organización, es indudable que sí la hubo. La investigación realizada hasta el momento demuestra que, por un lado, la dictadura percibía la existencia de serios problemas y de descontento entre los trabajadores. Por otro lado, la información disponible demuestra que hubo un desarrollo de la conflictividad que fue en ascenso durante el período.

Por supuesto, la mera existencia de conflictos y otras formas de oposición no significa que tuvieran un efecto apreciable sobre la superestructura política. De ahí la *segunda* cuestión clave. Suponiendo que hubiera algún tipo de oposición por parte de los trabajadores ¿qué efecto tuvo? Una vez más, la información disponible demuestra a las claras que tanto la dictadura como distintos empresarios expresaban su preocupación en torno a una posible explosión social. A partir de 1977 distintas expresiones oficiales hacen referencia «al fantasma del Cordobazo». Además, es demostrable que después de momentos de conflictividad obrera (particularmente en 1977 y en 1979) hubo modificaciones en la superestructura política. Después de las huelgas de noviembre de 1977 un sector

de la dirigencia sindical adoptó una actitud más «de confrontación» con el régimen. Lo mismo podemos decir en cuanto a los partidos políticos a partir de 1979. Asimismo, la dictadura realizó modificaciones en su proyecto original. Obviamente, no todas las modificaciones son atribuibles a la conflictividad obrera, pero es imposible descartarla como factor de importancia.

Para la clase obrera y el pueblo es indiscutible que la apertura de 1983, por limitada que fuera, era infinitamente preferible a la dictadura. En los hechos, la elección de Raúl Alfonsín fue vivida por la población como una reivindicación popular. En este sentido, la democracia restringida de 1983 fue un triunfo. Pero que haya existido ese triunfo no implica que la dictadura no tuviera efectos y consecuencias profundos. Los trabajadores argentinos fueron duramente golpeados por el régimen; se perdieron conquistas; murieron o fueron desaparecidos muchísimos militantes y activistas forjados durante décadas. Sin embargo, la clase trabajadora emergió de la dictadura dispuesta a recuperar niveles de organización, conquistas e inclusive a los compañeros afectados por la represión. Los años 1984 y 1985 estuvieron repletos de movilizaciones en este sentido. Sin embargo, ¿hubo retrocesos en la clase obrera? ¿Impusieron su proyecto los militares y la burguesía?

La dictadura tuvo logros, pero también fracasos. Fue exitosa en destruir toda una generación de activistas, lo cual no es poco. Al decir de ellos, «ganaron la guerra». Sin embargo, y a pesar de que se avanzó en esa dirección, no lograron construir la Argentina que tenían proyectada. Si bien hubo modificaciones, sobre todo a nivel económico, y nadie pretende que la apertura democrática de 1983 fuera igual a la de 1973, es ridículo pensar que Juan Sourrouille y Carlos Menem hubieran sido necesarios de otra manera.

Aquí, nosotros identificamos dos problemas fundamentales que colorean el análisis del período. Primero, existe una confusión entre el militante, el activista y el conjunto de la clase. También, existe una proyección de sentires y valores de los sectores medios sobre el conjunto de los trabajadores. Segundo, existe una visión de la historia que es casi lineal y no un proceso.

En cuanto a lo primero, Schneider y yo entendemos al militante como aquel individuo que se organiza en función de una organización política y al activista como el que lo hace en una social.

En ambos casos son una minoría politizada, activa y fundamental dentro de la clase. Esta minoría cumple un papel clave en cuanto a la movilización social, a las reivindicaciones y a la capacidad de acción de la clase. Sin militantes y activistas, la clase lucha, pero de manera espontánea y rara vez logra superar el plano defensivo. Sin embargo, esta minoría politizada es pasible de separarse y aislarse del conjunto de la clase. Esto es lo que intenta hacer la represión, y lo que en muchos casos logró entre 1976 y 1977. Ante la ofensiva de la burguesía, la clase obrera se replegó y la militancia que seguía a la ofensiva fue aislada y derrotada. En este sentido es posible derrotar a la militancia sin derrotar al conjunto de la clase, en la medida que se separan uno de otro. Evidentemente, debido a la vinculación entre ambos la derrota de los militantes tiene consecuencias y efectos sobre el conjunto de la clase, pero no necesariamente conforma una derrota global. El problema de analizar la dictadura de 1976-1983 es que vemos a la clase obrera a través del prisma de la militancia. Esta y muchos activistas sienten, correctamente, que fueron derrotados. Sin embargo, muchos trabajadores comunes no tienen el mismo sentir. Por ejemplo, distintos informantes marcaron que si bien 1976 fue duro, fue un momento más dentro de una etapa negra que se inauguró en 1955.

Esto también ocurre si consideramos la visión de la clase obrera que tienen los sectores medios. Para estos la dictadura significó pérdidas apreciables, tanto a nivel económico como social. Se restringió la movilidad social ascendente, se limitaron las posibilidades de estudio y el acceso a la cultura, el progreso de muchos sectores medios se vio fuertemente reducido. Más aún, fueron rudamente despertados a la realidad de la lucha de clases por una represión para ellos desconocida. Es evidente que para estos sectores hubo un antes y un después de 1976. Así su percepción de que hubo un retroceso, o por lo menos un cambio agudo en ese momento, es correcto. Pero muchos analistas suponen que lo que es cierto para ellos lo es para el conjunto. En términos generales, y con efímeros momentos de mejoría, la situación de los trabajadores ha sido mala desde 1955. El salario descendió abruptamente en 1976; cierto, pero dentro de una tendencia descendente desde 1952. Es cierto que se perdieron conquistas; pero también se perdieron en 1955, 1962, 1966. Hubo represión; pero para los trabajadores esta existe por lo

menos desde la Revolución Libertadora. El acceso a la universidad, a la cultura y la movilidad social ascendente vienen siendo cada vez más escasos para los trabajadores desde hace décadas. Esto no quiere decir que los retrocesos de 1976 fueron escasos, o que fue lo mismo que 1966. Lo que sí quiere decir es que para el trabajador 1976 no fue el diluvio, sino más bien un mal momento (quizás uno de los peores) dentro de un período negro que se inició con el derrocamiento del general Perón. Todo esto no hace al golpe de 1976 indiferente, y mucho menos sin consecuencias para los trabajadores, pero sí lo pone en su correcta dimensión.

En cuanto al segundo aspecto, es notable la escasa visión de proceso que sustentan muchos análisis. En casi todos los autores parecería que el golpe de 1976 vino de la nada a cambiar todo. Esto es históricamente imposible. El modelo de acumulación mercadointernista es cuestionado por la burguesía por lo menos desde 1966. Durante los últimos cuarenta años esta viene realizando cambios, dentro de avances y retrocesos, que le permitan construir un país distinto del que emergió a partir de la crisis de 1929. En este sentido el golpe de 1976 representó una continuidad con el de 1966, al igual que el gobierno de Carlos Menem con la dictadura del general Jorge Videla. Pero al mismo tiempo, existen rupturas. Más allá de lo absoluto o no de su éxito, cada renovado intento de la burguesía logró, limitado por la lucha de clases, modificar aspectos de la sociedad argentina. De manera que 1989 no es igual a 1976, que no es igual a 1966, si bien existe entre los tres una tendencia histórica. Así, el golpe de 1976 no fue «el diluvio», sino más bien la continuación lógica del proceso iniciado años antes bajo el general Juan Carlos Onganía. La incapacidad de percibir el proceso histórico que llevó a la dictadura de 1976, se debe a una visión mecanicista de la historia que tiene poco que ver con la actividad real de los seres humanos.

Al igual que este libro se basó en muchos de los descubrimientos de Mason sobre el nazismo, también me parecieron útiles algunos de los conceptos que Juan Carlos Portantiero había derivado de Gramsci, allá por 1973. Así pensaba que la noción de *empate* se acercaba bastante bien a describir la situación argentina en 1983. Este planteo, sugerido en el capítulo seis de este libro, es lo que más rechazo ha generado. Para muchos (si no todos) un empate evocaba

una imagen futbolística de un partido terminando uno a uno. Y era muy claro que aquí habían ocurrido retrocesos importantes para los trabajadores, dentro de los cuales la muerte de tantos activistas y militantes no era un aspecto menor. El rechazo liso y llano obturó tanto una discusión sobre el resto del libro como sobre lo que el concepto quería decir. Un *empate* gramsciano tiene poco que ver con el fútbol. De hecho lo que señala es que la dominación de clases se da a través de complejos procesos de consenso y hegemonía. Cuando estos se resquebrajan lo que ocurre es una crisis orgánica. Casi todos aceptábamos que, por lo menos desde 1955, existió una crisis orgánica en la Argentina que dificultaba la dominación. Para mí el objetivo de la dictadura de 1976-1983 era efectivamente la «reorganización nacional» en función de resolver esa crisis orgánica y obtener el consenso necesario para hacer avanzar al capitalismo argentino una vez más. Era mi planteo en aquella época (y lo sigue siendo en la actualidad) que la dictadura no logró resolver esa crisis orgánica y en ese sentido lo que perduraba en 1983 era una situación de *empate*: «La burguesía monopólica retiene su predominio económico y avanza a este nivel, pero no tiene la hegemonía política». Hoy en día creo que la dictadura de 1976 logró algunas transformaciones que fueron la base material para los cambios emprendidos por Alfonsín y completados por Menem. En este sentido, ambos presidentes son productos de la dictadura, y si hubo alguna derrota obrera de largo plazo esta ocurrió durante el gobierno de Carlos Menem: solo él pudo deshacer las conquistas logradas durante el primer peronismo y transformar la sociedad argentina.

Uno de los problemas centrales para explicar esta oposición obrera era el definir y caracterizar a la clase obrera argentina. El primer modelo explicativo al que recurrí fue uno que publicó James Petras en 1981.^[11] Si bien pienso hoy en día que aquel artículo es bastante superficial y contradictorio, hace veinte años me pareció fascinante: era el único que intentaba retratar las redes socioculturales que generaban la cohesión de clase. Y esta cohesión era, para mí, lo que posibilitaba lo que Mason identificó como «formas

[11] James Petras, «Terror and the Hydra: The Resurgence of the Argentine Working Class», en *Class, State and Power in the place Third World*, ed. por James Petras et al., Rowman and Littlefield, Nueva Jersey 1981, pág. 259.

identificables de acción colectiva». Al mismo tiempo me entusiasmé con una afirmación de Juan Carlos Torre por la cual se refería a la clase obrera argentina como «madura».^[12] Yo acepté esto casi acríticamente sin observar que la noción de Torre estaba más vinculada al concepto de madurez como «ciudadanía» que como «conciencia de clase», que era lo que a mí me interesaba y era lo que estaba planteando Petras. En parte el problema no fue de vagancia analítica de parte mía, ni siquiera de tratar de acomodar las definiciones a lo que uno quería buscando un aval «científico» en algún analista reconocido. Era mucho peor que eso. Yo estaba enfrentándome por vez primera al problema de cómo opera una clase social en la realidad. Lo que uno siempre había aceptado como postulados (la clase existe y tiene intereses anticapitalistas que la impulsan a la lucha de clases) ahora debía probarlo, porque lo que estaba discutiendo era algo que se oponía al consenso científico y político. Cómo opera una clase social y cómo se demuestra en la práctica su existencia eran problemas más que serios.

De ahí recurrí a definiciones más plásticas e históricas de clase social: Edward Palmer Thompson y Raymond Williams. Así, a partir de los análisis de gente como ellos, además de los de Petras y Mason, tuve que ir, en los años siguientes a este libro, elaborando algunas ideas básicas. Estas se expusieron en obras posteriores y muchas están aún en evolución. Lo central de las mismas es la noción de cultura obrera, entendida como una serie de costumbres, tradiciones y comportamientos clasistas derivados de la experiencia de pertenecer a un sector social determinado y en contraposición a otros. Como señalé en un trabajo posterior,^[13] hace ya dos décadas Raphael Samuel publicó su investigación sobre la militancia del Partido Comunista inglés (CPGB), centrándose en la zona del *East End* de Londres.^[14] A través de testimonios, cartas, poemas, autobiografías y novelas Samuel logró reconstruir un rico

[12] Juan Carlos Torre, *Los sindicatos en el gobierno*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires 1983, págs. 11-12.

[13] Pablo Pozzi, «La cultura de izquierda en el interior de la provincia de Córdoba», en *Historia Regional*, n.º 22 (2004), pág. 59.

[14] Raphael Samuel, «The Lost World of British Communism», en *New Left Review*, n.º 154 (1985); Raphael Samuel, «The Lost World of British Communism: Two Texts», en *New Left Review*, n.º 155 (1986). El texto completo de la investigación fue publicado en 1988 como *The Lost World of British Communism*.

mundo político y social asentado en una cantidad de tradiciones y expresiones culturales que mostraban un submundo izquierdista de una riqueza y vitalidad insospechada para la mayoría de los historiadores. El deslizamiento y la resignificación cultural de estas tradiciones en otras nuevas, él las llamó los «teatros de la memoria».^[15] Eran pautas y criterios izquierdistas que se vivían no como política o ideología sino como comportamiento correcto, como sentido común.^[16] La capacidad que tuvo el CPGB, y luego el laborismo y el trotskismo, para entroncar con estos «teatros de la memoria» fue lo que permitió su inserción entre amplios sectores de trabajadores, aun cuando no tuviera casi impacto sobre la superestructura política y electoral. Así se dio un sincretismo entre nociones izquierdistas y tradiciones «radicales» y artesanales del siglo XVIII que generaron una cultura obrera inglesa en particular con una fuerte impronta clasista y combativa. De hecho, se conformaron en tradiciones, memorias, experiencias y un sentido común que dieron por resultado una fuerte conciencia «en sí» de los obreros ingleses que fue el elemento subyacente y homogeneizador clasista desde la huelga general de 1926 hasta las huelgas de los mineros del carbón durante la década de 1980.^[17]

Este concepto complementaba aquellas ideas lanzadas y jamás continuadas por Petras hace ya veinticinco años. Todavía falta mucho para probarlo, sobre todo porque una vez más el consenso es que el obrero argentino es peronista o despolitizado. Creo que es infinitamente más complejo, y que solo la desidia intelectual nos hace recurrir a modelos simplistas y que explican poco. La cultura izquierdista puede discurrir por múltiples canales que no son solo los socialistas: también se ha expresado en formas políticas como el anarquismo o como el peronismo. La marcha peronista podría

[15] Raphael Samuel, *Theaters of Memory*, 2 vols., Verso, Londres 1994.

[16] Muchos de estos planteos se basan en la sugerente obra de Williams. En particular, véase *Resources of Hope. Culture, Democracy, Socialism*.

[17] Otro autor importante que se dedica a temas similares, particularmente a la relación entre los comunistas y los afronorteamericanos, es Robin Kelley. Véase Sidney Lemelle y Robin Kelley, *Imagining Home. Class, Culture and Nationalism in the African Diaspora*, Verso, Londres 1994. Si bien Kelley tiene una amplia y muy interesante obra, para este trabajo es particularmente relevante el artículo, en el libro ya citado con Lemelle, titulado «Afric's Sons with Banner Red: African American Communists and the Politics of Culture, 1919-1934». También véase Paul Buhle, *Marxism in the country-regionplace US*, Verso, Londres 1987.

perfectamente ser un himno izquierdista, lo mismo que varios artículos de la Constitución de 1949 o la Declaración de la CGT de los Argentinos del primero de mayo de 1968.

Pero lo fundamental era que debíamos explicar por qué la clase obrera argentina se había opuesto a la dictadura. Un elemento fundamental, y la correa de transmisión de esa cultura, eran los militantes. Si hubo oposición obrera, a pesar de la represión (y yo creo que este libro prueba que sí la hubo), entonces eso significaba que el trabajo gris y cotidiano de los militantes revolucionarios de las décadas anteriores había tenido sus frutos. Esto implicaba que para comprender a los obreros entre 1976-1983 había que comprender la relación entre la militancia argentina y la clase obrera entre 1955 y 1976. Es más, como señalé más arriba, había que repensar toda la cronología de la historia social del período, tomando en cuenta rupturas y continuidades.

Por último, y dejando de lado las polémicas posteriores que se derivaron de este libro, debo señalar que la investigación tuvo algunos límites concretos. Había cosas que solo se podían probar a ciencia cierta teniendo acceso a documentación empresarial o de los órganos represores. La primera edición libro se publicó en 1988. Unos años más tarde, Alejandro Schneider y Rafael Bitrán investigaron el período en Zona Norte del Gran Buenos Aires llegando a conclusiones muy similares a las mías. Poco tiempo después Schneider, tuvo acceso al archivo del Ministerio de Trabajo de Zona Norte (un archivo que no existe más) encontrando informes, datos y estadísticas de empresas y sus jefes de personal e incluyendo las circulares de los comandantes militares dictatoriales zonales. En todos quedaba claro que las conclusiones que yo había derivado de la información disponible entre 1985 y 1987 era correcta. Pero más aún, hace un par de años Patricia Funes, que dirige la parte histórica del Archivo Provincial de la Memoria, que contiene la documentación de lo que fue la división de orden político de la policía provincial bonaerense, me mostró algunas de las carpetas que contienen la información sobre la conflictividad obrera en la época. Una vez más tuve la satisfacción de ver confirmado lo que planteaba. En síntesis, creo que este libro aún es válido, a pesar de los problemas señalados. Me parece que todavía debemos discutir la actividad de la clase obrera durante el período sin evitar, como

señalé al principio, los juicios éticos y morales para poder apuntar más certeramente las responsabilidades. Pero más aún, en un país donde tantas cosas se han quebrado en las tres décadas desde el golpe de Estado, me parece fundamental rescatar que fueron seres humanos comunes, los cuales con entereza y dignidad, arriesgando todo lo que tenían, supieron oponerse a la dictadura.

He agregado al final de esta versión del trabajo cuatro entrevistas con distintos activistas obreros de la época. Las entrevistas fueron hechas en 1988 mientras terminaba la investigación de este libro. Las cuatro me resultan, aún hoy, interesantes tanto por lo que dicen como por lo que revelan sobre el investigador. En particular, la entrevista con Pata es ilustrativa de mi propia inmadurez en hacer este tipo de entrevistas: cometí todos los errores posibles para un investigador. Aun así, tanto Pata como los otros entrevistados demuestran una increíble paciencia con el joven imberbe que no entiende nada. Lo que se trasluce es que para ellos es importante transmitir, a través de su historia personal, que los trabajadores también ganaron la apertura democrática.

Ya hace veinte años era difícil poder expresar mi reconocimiento a la gran cantidad de amigos y compañeros que han hecho posible este trabajo. Por una parte es evidente que ellos no tienen la culpa de las opiniones aquí expresadas. Pero por otra su aporte fraternal y solidario enriqueció mi estudio, sirvió para profundizar distintos aspectos, para cuestionar y corregir otros, y para largas discusiones.

Este estudio se inició hacia 1978 a raíz de una conferencia que el profesor James Petras, de la Universidad del Estado de Nueva York (SUNY) en Binghamton, me permitió exponer ante su clase. En aquel momento, literalmente, me «mandé» una reseña de la historia de la clase obrera argentina con una pedantería indigna de semejante causa. Petras, luego de escucharme de manera cuidadosa, con mucha finura y muy educadamente, me indicó que yo no tenía la más mínima idea de lo que estaba hablando. Y luego me sugirió una bibliografía mínima que debía leer. Incentivado por semejante papelón, y también por el cariño y la solidaridad expresada por un compañero del calibre intelectual de Petras, decidí que él tenía razón y me puse a estudiar. Unos años más tarde, en 1981, los editores del periódico del exilio *Denuncia* publicaron una versión necesariamente muy periodística y polémica. En 1985 el profesor

Alberto Bialakowsky, de la Universidad de Buenos Aires, incluyó otro borrador en una colección de artículos para sus estudiantes del Ciclo Básico Común.

Finalmente, un año en Estados Unidos, gracias al Programa de Intercambio Internacional entre la Universidad de Buenos Aires y la Universidad de Massachusetts en Amherst me permitió el tiempo y los recursos necesarios para completar esta versión del trabajo. Debo agradecer particularmente a Bruce Laurie cuyo interés, aliento y apoyo fueron fundamentales, en especial considerando que la historia argentina queda bastante lejos de sus intereses. Sin embargo, Bruce como antiguo militante obrero y estudiantil de la década de 1960, retiene una importante perspectiva clasista y un interés internacionalista. Entre los colegas de la Universidad de Buenos Aires los profesores Horacio Pereyra, María Adriana Bernardotti y Felipe Duarte fueron de una ayuda invalorable. La investigación la realicé al mismo tiempo que Ernesto Salas estaba investigando sobre la huelga del Frigorífico Lisandro de la Torre. En medio de su monomanía y de la mía, nos las arreglamos para intercambiar ideas y discusiones que, por lo menos en mi caso, resultaron fundamentales para repensar la historia de la clase obrera argentina. Rafael Bitrán y Alejandro Schneider, que en aquel entonces eran estudiantes de historia, y cuyo interés era similar al mío aportaron con su estudio detallado sobre la clase obrera en Zona Norte del Gran Buenos Aires. Por último, tanto la entonces bibliotecaria de UMASS, Pauline Collins, como la del North American Congress on Latin America (NACLA), Ruth Kaplan, fueron una ayuda valiosísima. También debo agradecer al abogado Reed Brody. Fue a través de Brody que me pude poner en contacto con algunos miembros del colectivo de editorial *Denuncia*, hoy en día disuelto. Si bien me gustaría agradecerles con nombre y apellido es comprensible su deseo de mantener el anonimato.

Por último, el mayor agradecimiento es a Mariana, Toni y Emilia que me llenan de alegría y le dan sentido a mi vida; son mi salvación.

Pilar, Córdoba 1 de marzo de 2006